

# EL ECO DE ESPAÑA.

PERIÓDICO MODERADO.

AÑO I.

MADRID.—Sábado 7 de Mayo de 1870.

NÚM. 74.

## CRÓNICA PARLAMENTARIA.

Para evitarse el gobierno disgustos; para restablecer la calma en la Cámara como se restablece el silencio en un charco en que cantan multitud de ranas echando en medio una piedra, no hay como poner a discusión los presupuestos, y entonces los bancos están de enhorabuena libres del peso de los padres graves; pues con dificultad llegarán a una docena, aun contando con el asiduo Sr. Montero Telling, los que demuestran con su presencia que les importa algo o mucho el asunto que, en nuestro concepto, debería llamar con preferencia su atención. Es el chorro de agua fría echada en el puchero que hierve, y que hace parar momentáneamente la ebullición.

No es esta la sola causa de la desanimación que se notaba ayer tarde en el salón de sesiones. El gran acontecimiento de estos días, la llegada del Sr. Olózaga, atrae todo el interés a otras partes. Sin embargo, aunque al principio se esperaba una sesión lánguida, el discurso del Sr. Ardanaz fué atrevido al punto, y es que el ex-ministro de Hacienda, siguiendo la línea de conducta iniciada atayer por el Sr. Romero Robledo su amigo y correligionario, aprovechó la cuestión de presupuestos para hablar contra la interinidad y encarecer la absoluta necesidad que hay de salir de ella y entrar resueltamente en la cuestión de elección de monarca. Esta fué la parte más importante de su discurso, y casi podemos presumir que el exclusivo objeto de él, aunque no dejó de dirigir severísimos cargos a la gestión del Sr. Figuerola.

Los unionistas han debido recibir alguna premiación, en vista de lo que arcaían en sus esfuerzos en pró de su patrón.

Habíase la peroración del Sr. Ardanaz, pero todas las habilidades de S. S. ni las del partido a que pertenece, lograrán otra cosa que poner más en guardia a las fracciones de la Cámara y a los elementos del país, que son contrarios a la candidatura que tan a capa y espada defienden.

Algo logró, no obstante, al excitar al general Prim a que dejara de hacer un misterio de sus opiniones acerca de asunto tan capital y a que abordara resueltamente la cuestión que ha de coronar la obra de Setiembre, y cuyo aplazamiento es la muerte de la revolución. Y decimos que logró algo, porque aunque el general no le contestó más explícitamente que lo hizo en ocasión reciente en la Tertulia progresista, limitándose a indicar que él no abrigaba ambiciones personales, y repitiendo que en este asunto no quiere ser derrotado, no obstante aseguró que antes de separarse, los constituyentes abordarían la cuestión monárquica.

Prescindamos de la primera parte de la declaración del conde de Reus, por lo que se refiere a su persona, pues nos parece hasta pueril tratar como cosa seria las pretensiones que pudiera abrigar a sentarse en el trono de España. Creemos firmemente, que si semejantes sueños han pasado alguna vez por su imaginación, se habrán desvanecido por completo.

En cuanto a lo de que antes de separarse los diputados abordarían la cuestión de elección de monarca, no nos parece muy claro. S. S. puede creer muy lejana la separación de los padres de la patria, en el concepto de que esta separación se refiera a la disolución de las Cortes Constituyentes, y quizá se echa la cuenta de en diez años de plazo que tenemos, etc., etc.

Pero, si el general Prim ha ofrecido de buena fe abordar la cuestión magna para la época que ha indicado, esperando que en ese espacio podrá influir para que alguna candidatura obtenga mayoría en la Cámara, ya que hoy, según afirmó, ninguna podría lisonjearse de conseguirlo, no vacilamos en asegurar que se hace una gran ilusión.

Otra declaración hizo el conde de Reus, que es la verdaderamente importante, es decir, que no se oponía a la solución que en la cuestión monárquica deseaba el Sr. Ardanaz, ni a la que se patrocinaba por una parte no pequeña de la Cámara. Esto es nada entre dos aguas, y un medio muy cómodo para obrar según se vea de donde viene el viento. Aunque es una habilidad al alcance de todos, no dejamos de felicitarnos por ella al general Prim.

No terminaremos esta crónica sin referir un incidente que tuvo lugar durante un coloquio del señor Martos con el presidente del Consejo. Es el caso que el cacique cimbrio estaba hablando con el general cerrando el paso para el banco de los ministros, al señor Rivero, que al ir a entrar hubo de detenerse detrás del Sr. Martos. Por el bolsillo de la levita de este diputado asomaban unos papeles, y el ministro de la

Gobernación, sin duda para ocupar el tiempo, ó dar una broma a su amigo, le sacó los papeles poniéndolos a leerlos con toda pausa y formalidad. Este acto de buen humor del Sr. Rivero, esta broma de tan buen género, excitó la hilaridad de la Cámara. ¿Qué campechante, que liso y llano, y sobre todo, que circunspecto es el ministro de la Gobernación! Así deben ser los ministros revolucionarios.

Por la noche continuó el Sr. Romero Robledo el discurso que dejó interrumpido en la anterior, atacando el proyecto de ley del matrimonio civil. El diputado unionista habló como si no fuese revolucionario, lamentándose a semejanza de su amigo el Sr. Ardanaz, de que hubiésemos llegado a tiempos tan desdichados, que no puede nombrarse a Dios ni al catolicismo. Desdichadísimo son, en efecto, los tiempos presentes; pero no tiene el Sr. Romero Robledo por qué lamentarse. ¿Quién sino S. S. y sus amigos han traído tanta desdicha? ¿Cuánta responsabilidad tiene ante Dios y ante el país ese partido farisaico, que después de abrir las puertas a la revolución para saciar su insapigable sed de mando, viene ahora, con sinceridad dudosa, a deplorar males de que él, y solo él, tiene la culpa! Esto, no obstante, es verdaderamente deplorable, como dijo el Sr. Romero Robledo, que se haga una ley que ha de ser recibida por la opinión pública con repugnancia y hasta con hostilidad.

Al Sr. Romero Robledo se levantó a contestarle el Sr. Torres Mena, cuyo discurso no oímos, porque en aquel instante abandonamos la tribuna; pero el antiguo redactor de *La Iberia* debió hablar como progresista, por lo cual nada perderán nuestros lectores con que no podamos hacernos cargo de sus razonamientos.

Durante la sesión se leyó por el ministro de Ultramar un telegrama de Cuba con noticias satisfactorias. También se leyó por la comisión correspondiente el proyecto de Constitución de Puerto-Rico, del que ya oportunamente nos ocuparemos.

## CONTINUA LA CRISIS.

Como estábamos estamos acerca del resultado de la venida a Madrid del Sr. Olózaga. Nuestros colegas se muestran tan poco enterados como el día antes de la llegada de aquel personaje; lo único en que convienen es en que el principal objeto que se ha propuesto conseguir, ya que ha sido llamado, es la conciliación de los partidos revolucionarios, y cuando esto no sea posible, la continuación de lo actual; la consolidación de la interinidad, para lo cual propondrá ó habrá propuesto que se den al regente las tan manoseadas facultades que dicen ser necesarias para la marcha de la revolución. Por supuesto, que una vez hecha esta indicación, se reservará el derecho de hacer otra en contrario para impedir que se den al regente las facultades que tanto convendrían a los unionistas.

Si hemos de creer a los periódicos que deben de hallarse bien enterados, el Sr. Olózaga regresará a París hoy mismo, saliendo en el tren de las tres y media. Parece que el banquete de que se ha hablado, y al cual había de asistir el embajador, no es obsequio de M. Ollivier al Cuerpo diplomático, sino del Sr. Olózaga a M. Ollivier, sus compañeros de gabinete, é individuos del Cuerpo diplomático acreditado en París. Como es natural, habrá de presidirle, para lo cual necesita volver a aquella capital, con tanto mayor motivo cuanto que vino después de haberse distribuido las esquelas de invitación, según dicen los que deben de hallarse bien enterados del caso.

Su breve permanencia en Madrid ha desvanecido todas las esperanzas que habían concebido algunos ilusos al anuncio de su venida: creían que iba a resolver algo, y nada ha contribuido a resolver: imaginaban que iba a imprimir un gran movimiento a la política, y ha dejado la situación ni más ni menos que estaba, si es que no la ha dejado peor. Ni habrá monarca revolucionario, ni habrá regente facultado, ni habrá cambio de regente, ni conciliación, ni nada. El Sr. Olózaga vuelve a París gozoso por dos motivos: porque va a presidir un banquete, y porque ha tenido durante algunos días en expectación al mundo poli-

tico revolucionario: los que le conozcan podrán comprender la inefable satisfacción que le habrá causado su venida y la que le habrá de producir su regreso a la capital del vecino imperio.

El general Prim pronunció ayer en el Congreso algunas frases sibilíticas de su peculiar estilo: dio esperanzas a los unos y a los otros, y él se quedó con su pensamiento y su propósito. Aplazó la resolución de la cuestión monárquica para dentro de dos meses; es decir, para cuando no haya en Madrid un solo diputado que pueda pedirle cuenta de sus palabras de ayer, y nadie piensa ya en lo que se llama soluciones. No es la vez primera que el general anuncia que habrá monarca, y nada hubiera habido de extraño en que también hubiese indicado el nombre del futuro monarca, porque ya en otra ocasión dijo que el duque de Génova sería rey, pesara a quien pesara; y sin embargo, cuando llegó el momento decisivo, desistió de su propósito. Así fué que sus palabras de ayer no causaron la más leve sensación, por más que se comprendiera que hubiesen sido pronunciadas para producir efecto.

Hubiera andado más político y hábil, si hubiese emitido la indicación de que no encontraba inconveniente en complacer a dos distintas fracciones de la Cámara, pues complacer a los unos es oponerse a los intereses y deseos de los otros. Por otra parte, señalar un plazo de dos meses para una solución, ó mejor dicho, para proponer una solución, cuando en ese plazo se presume que habrán de surgir gravísimas complicaciones, es reirse de la credulidad de los diputados y demostrar una vez más que lo único a que se aspira es a ganar tiempo y dejar correr los acontecimientos hasta que por sí mismos traigan la solución.

Entretanto, el ministerio continúa en el mismo estado; sin que nadie se ocupe de él para nada, ni aun siquiera para que se retire ó para que se quede. Los ministros, especialmente los cimbrios, se hallan como de prestado, y alguno ha manifestado a sus amigos que dudaba si sería ó no ministro el lunes próximo. Comprendemos que los ministros no se consideren seguros en sus puestos; más no hay motivo para esa inquietud, si se mira a los partidos ó fracciones de la oposición; nadie tiene ya el mayor interés en derribar al ministerio para sustituirle; hay un presentimiento de que pronto vendrá la verdadera crisis; la crisis definitiva; la que a todos los deje iguales.

## SOBRE LOS MILITARES DESTERRADOS.

En *La Iberia* de ayer encontramos en un rincón, como avergonzado, el sultano que insertamos a continuación, sobre el cual llamamos la atención de nuestros lectores, y sobre cuyo asunto tenemos que volver a insistir, porque es grave, porque es capital, porque se roza con los principios fundamentales de toda sociedad, porque se trata de los derechos individuales, y porque ni el órgano del partido progresista, ni el gobierno, tienen la menor razón que oponer a nuestras justas observaciones.

La ilegalidad cometida por el gobierno es flagrante: la injusticia notoria: la venganza manifiesta; y un gobierno injusto y vengativo es un gobierno débil y miserable, y un partido a quien se le coje en manifiesta contradicción, y que no tiene el valor de reprobear semejantes venganzas, es un partido más débil y miserable que el gobierno mismo.

Después de tanto chillar y de tanto alborotar sobre supuestas arbitrariedades cometidas por los gobiernos moderados, venis vosotros a consumir actos despóticos sin razón y sin pretexto; y no os atrevéis a defender la causa de la ley, la causa de la justicia, la causa de la inocencia.

Nosotros, en justo castigo a esta debilidad y a esta miseria, publicaremos una vez más otros artículos de *La Iberia*, escritos contra la unión liberal, cuando la unión liberal desterraba a Prim.

—Hace cuanto yo deseo.

—No puedo suponer, sin embargo, que vos mismo le hayais suplicado que os encierre en Clichy.

—Pues así ha sido; es más, yo soy quien ha sufragado todos los gastos.

—Es original.

—¡Ahí vereis! Estoy encerrado aquí por deber cinco mil francos, y sin embargo no debo un cuarto.

—¿Pero cómo es eso?

—Voy a explicároslo. Figuraos que yo estaba locamente enamorado de una parenta mía que se llama miss Ana Fraser. La boda se hallaba convenida entre ambas familias y todo estaba ya listo, cuando, al suplicarle que fuese el día de nuestro enlace, la joven se negó a ello del modo más resuelto.

—¿No os quería por lo que veis?

—No sé qué contestaros. Ana es muy bonita y muy caparrosa, como se dice, creo, en esta tierra de Francia. No suena más que con heros de novela, pálidos, melancólicos, pobres, y víctimas de un destino fatal. Convenid conmigo en que yo, con mis gruesos carrillos, mi buen color, mi excelente apetito, mis gustos prosaicos y alguna fortuna, estaba algo lejos de aquellos ensueños. Pero la resolución de mi parente me afectó de tal manera, que acto continuo me embarqué para el Cabo de Buena Esperanza donde a la sazón se hallaba de gobernador un cuñado mío, y me propuso ver si a fuerza de cacerías, fatigas y privaciones conseguía perder este excelente color que tanto me ha perjudicado en la opinión de miss Ana. Dos años pasé en África, y gracias a unas calenturas, al cabo de este tiempo me encontraba ya suficientemente flaco y amarillo para poderme presentar a los ojos de mi prima. Empeñé, pues, mi viaje de regreso.

—¿Y bien?

—Ved hasta qué punto llegó mi desgracia. Durante la travesía, el aire del mar produjo en mí tal efec-

to, y de tan singular manera me abrió nuevamente el apetito, que desembarqué en Londres casi tan gordo y tan colorado como estaba antes de abandonar la metrópoli.

Valentin miró a sí Ricardo, temeroso de que este se estuviera divirtiendo con él; pero desechó aquella suposición al ver la fisonomía franca y cordial del inglés. Era evidente que Ricardo contaba su historia con toda naturalidad y sin ponerle adorno de ningún género.

—¿En qué quedó la boda? preguntó Valentin.

—En nada. Ana no habiéndole reparo esta vez en casarse conmigo; pero yo ya no la quería. Me había enamorado de otra joven mucho más bonita, también prima mía.

—¿Casósele al fin? preguntó Valentin.

—Esta me ha dicho que no le disgustaba, pero que no se atrevía a confiar su felicidad a una mariposa como yo, sin hacer antes una prueba.

—¿Y cuál era ella?

—Mi prima exigía que permaneciera dos años por lo menos sin verla y volviéndose después tan enamorado como antes.

—¿Y habéis obedecido?

—Sin duda alguna.

—Pues no os felicitó por ello, dijo Valentin.

—Desgraciadamente, prosiguió sir Ricardo, una cosa es tomar una resolución, y otra llevarla a cabo. Veinte veces he estado para irme a Londres. Tres he llegado hasta Boulogne.

—¿Debéis haber procurado distraeros.

—Así lo hice al principio, pero todo esto me impedía realizar el plan de estudios que me había propuesto. Así es, que por último me decidí a tomar una resolución heroica. Suscribí a uno de mis amigos una letra de cinco mil francos, y habiéndola protestado, no tardaron en empezar los procedimientos, etcétera, etc. Resultado, que desde hace dos días estoy en Clichy.

—Ya hemos dado a conocer algunos artículos de *La Iberia*, en donde el periódico progresista se desahoga en lágrimas y en declamaciones contra los ministros de la unión liberal, que con mil miramientos y contemplaciones mandaron de cuartel al general Prim a la Coruña, y no habiéndole acomodado ir a la Coruña, le destinaron, por fin a Oviedo, donde el noble marqués de los Castillejos, pasó la persecución en cacerías, y obsequiado por los moderados.

—Hé aquí lo que sobre este pintoresco viaje escribía *La Iberia*, debiendo notarse, primero, la algarazara y la bulla que los progresistas armaron en todo el tránsito; segundo, las protestas del general Prim contra el gobierno; tercero, la ironía y el sarcasmo con que *La Iberia* habla del leal general O'Donnell y del consecuente general Serrano, a cuyas plantas está hoy rendido nuestro colega; y quinto y último, las pocas consideraciones, la ira y la ferocidad con que se vengán hoy los conspiradores de ayer en hombres tan decentes y dignos como el conde de la Cañada, como los generales Inestral y Macías, como el brigadier Dolz, como los coroneles Esteban, Cortés y Febrer de la Torre, y tantos otros militares dignos, leales y pundonorosos.

En suma; queremos la razón de justicia: no queremos la sinrazón de la arbitrariedad.

—Hé aquí ahora el artículo de *La Iberia* a que nos referimos.

Al gobierno le pedimos justicia, a *La Iberia* consecuencia. No es mucho pedir, ni mucho exigir.

«Siguen los periódicos ministeriales faltando a la verdad y desfigurando los hechos a su capricho cuando se ocupan de los últimos sucesos. Sería imposible rectificar las inexactitudes que cometen, y las paparruchas que inventan con el objeto de entretener al público y distraer su atención de la terrible crisis por que está pasando nuestro país.

Tenemos, sin embargo, un deber que cumplir, y no hemos de prescindir de hacerlo. Tenemos la obligación de contar al país todo lo que ha ocurrido con nuestro amigo el general Prim, desde que el gobierno empezó a aturdirse con un miedo, de que todavía no ha dado satisfacción. Con esto evitaremos también

to, y de tan singular manera me abrió nuevamente el apetito, que desembarqué en Londres casi tan gordo y tan colorado como estaba antes de abandonar la metrópoli.

Valentin miró a sí Ricardo, temeroso de que este se estuviera divirtiendo con él; pero desechó aquella suposición al ver la fisonomía franca y cordial del inglés. Era evidente que Ricardo contaba su historia con toda naturalidad y sin ponerle adorno de ningún género.

—¿En qué quedó la boda? preguntó Valentin.

—En nada. Ana no habiéndole reparo esta vez en casarse conmigo; pero yo ya no la quería. Me había enamorado de otra joven mucho más bonita, también prima mía.

—¿Casósele al fin? preguntó Valentin.

—Esta me ha dicho que no le disgustaba, pero que no se atrevía a confiar su felicidad a una mariposa como yo, sin hacer antes una prueba.

—¿Y cuál era ella?

—Mi prima exigía que permaneciera dos años por lo menos sin verla y volviéndose después tan enamorado como antes.

—¿Y habéis obedecido?

—Sin duda alguna.

—Pues no os felicitó por ello, dijo Valentin.

—Desgraciadamente, prosiguió sir Ricardo, una cosa es tomar una resolución, y otra llevarla a cabo. Veinte veces he estado para irme a Londres. Tres he llegado hasta Boulogne.

—¿Debéis haber procurado distraeros.

—Así lo hice al principio, pero todo esto me impedía realizar el plan de estudios que me había propuesto. Así es, que por último me decidí a tomar una resolución heroica. Suscribí a uno de mis amigos una letra de cinco mil francos, y habiéndola protestado, no tardaron en empezar los procedimientos, etcétera, etc. Resultado, que desde hace dos días estoy en Clichy.

—Ya hemos dado a conocer algunos artículos de *La Iberia*, en donde el periódico progresista se desahoga en lágrimas y en declamaciones contra los ministros de la unión liberal, que con mil miramientos y contemplaciones mandaron de cuartel al general Prim a la Coruña, y no habiéndole acomodado ir a la Coruña, le destinaron, por fin a Oviedo, donde el noble marqués de los Castillejos, pasó la persecución en cacerías, y obsequiado por los moderados.

—Hé aquí lo que sobre este pintoresco viaje escribía *La Iberia*, debiendo notarse, primero, la algarazara y la bulla que los progresistas armaron en todo el tránsito; segundo, las protestas del general Prim contra el gobierno; tercero, la ironía y el sarcasmo con que *La Iberia* habla del leal general O'Donnell y del consecuente general Serrano, a cuyas plantas está hoy rendido nuestro colega; y quinto y último, las pocas consideraciones, la ira y la ferocidad con que se vengán hoy los conspiradores de ayer en hombres tan decentes y dignos, leales y pundonorosos.

En suma; queremos la razón de justicia: no queremos la sinrazón de la arbitrariedad.

—Hé aquí ahora el artículo de *La Iberia* a que nos referimos.

Al gobierno le pedimos justicia, a *La Iberia* consecuencia. No es mucho pedir, ni mucho exigir.

«Siguen los periódicos ministeriales faltando a la verdad y desfigurando los hechos a su capricho cuando se ocupan de los últimos sucesos. Sería imposible rectificar las inexactitudes que cometen, y las paparruchas que inventan con el objeto de entretener al público y distraer su atención de la terrible crisis por que está pasando nuestro país.

Tenemos, sin embargo, un deber que cumplir, y no hemos de prescindir de hacerlo. Tenemos la obligación de contar al país todo lo que ha ocurrido con nuestro amigo el general Prim, desde que el gobierno empezó a aturdirse con un miedo, de que todavía no ha dado satisfacción. Con esto evitaremos también

to, y de tan singular manera me abrió nuevamente el apetito, que desembarqué en Londres casi tan gordo y tan colorado como estaba antes de abandonar la metrópoli.

Valentin miró a sí Ricardo, temeroso de que este se estuviera divirtiendo con él; pero desechó aquella suposición al ver la fisonomía franca y cordial del inglés. Era evidente que Ricardo contaba su historia con toda naturalidad y sin ponerle adorno de ningún género.

—¿En qué quedó la boda? preguntó Valentin.

—En nada. Ana no habiéndole reparo esta vez en casarse conmigo; pero yo ya no la quería. Me había enamorado de otra joven mucho más bonita, también prima mía.

—¿Casósele al fin? preguntó Valentin.

—Esta me ha dicho que no le disgustaba, pero que no se atrevía a confiar su felicidad a una mariposa como yo, sin hacer antes una prueba.

—¿Y cuál era ella?

—Mi prima exigía que permaneciera dos años por lo menos sin verla y volviéndose después tan enamorado como antes.

—¿Y habéis obedecido?

—Sin duda alguna.

—Pues no os felicitó por ello, dijo Valentin.

—Desgraciadamente, prosiguió sir Ricardo, una cosa es tomar una resolución, y otra llevarla a cabo. Veinte veces he estado para irme a Londres. Tres he llegado hasta Boulogne.

—¿Debéis haber procurado distraeros.

—Así lo hice al principio, pero todo esto me impedía realizar el plan de estudios que me había propuesto. Así es, que por último me decidí a tomar una resolución heroica. Suscribí a uno de mis amigos una letra de cinco mil francos, y habiéndola protestado, no tardaron en empezar los procedimientos, etcétera, etc. Resultado, que desde hace dos días estoy en Clichy.

el que se siga engañando con el mayor descaro al público, contando cosas que no han existido, y desfigurando otras que nos conviene sepa todo el mundo cómo han sucedido.

A los pocos días de ocurrir los sucesos de la Montaña del Príncipe Pío, llamó el ministro de la Guerra, por medio de un ayudante, al marqués de los Castillejos. Este acudió a la cita, y se le dijo que el gobierno vería con gusto que usase de la licencia que tenía para el extranjero. Nuestro amigo contestó que no tenía necesidad de viajar. Se le dijo entonces, que el gobierno había acordado su salida de Madrid en el término de veinticuatro horas, y que fuera a la Coruña a esperar órdenes. Nuestro amigo protestó contra la salida, sin perjuicio de hacerlo más tarde en términos legales con una exposición a la reina primero, desde su puesto en el Senado después, negándose terminantemente a salir de Madrid antes del día 15, y esponiendo las razones que tenía para no aceptar la Coruña como punto de residencia. El ministro manifestó su conformidad a lo que le había dicho el general, aunque añadiendo que consultaría a sus compañeros por telégrafo. No se hizo esperar la contestación. Era el día 11; el gobierno no podía aguardar más que hasta el 13. El general podía elegir el punto que quisiera, no siendo Cataluña, Aragón, Valencia, Logroño ni ninguna otra población que estuviera enlazada por medio del ferrocarril con Madrid. Fué, pues, destinado a Oviedo. Anuncia el día 12 *La Iberia* en un suelto humorístico, la hora en que el general saldría de su casa, las calles que atravesaría hasta llegar a la estación, que eran las más públicas y el camino más corto. Pasó el día 12 y la mañana del 13 sin novedad, y momentos antes de marchar se le presenta el gobernador militar, señor Cayano, y le dice que el gobierno quiere que vaya por la ronda, rodeando más de dos kilómetros en un trayecto de diez minutos; nueva protesta del general, pero obediendo la orden del gobierno.

Esta es la verdad, aparte de otros detalles que nos autorizan, de lo ocurrido con el general Prim hasta su salida de Madrid. No hemos de discurrir ahora sobre la cuestión legal. No hemos de examinar en su letra, ni en su espíritu la prescripción que permite al gobierno disponer de los militares cuando cree que sus servicios pueden convenir en un punto determinado a la Reina y a la patria, y si se extiende hasta que se les pueda mudar de domicilio a capricho del ministro cuando sus servicios no hacen falta en el punto a que se les destina. Nuestra tarea es otra. Nuestro objeto es ocuparnos únicamente del hecho con todos sus detalles, y dejar al país los comentarios que a nosotros no se nos permitirán. El gobierno es conservador-liberal. Está compuesto de eminencias de este partido; cuenta con siete periódicos que apoyan su marcha; tiene la confianza de la corona y el apoyo de las Cámaras; cuenta con la lealtad del ejército, y con 12.000 hombres de guarnición en Madrid y sus alrededores. El gobierno no puede conservar el orden público si no hace salir de Madrid a un general que no tiene mando militar, que no vive en contacto continuo con el ejército, que no recibe en su casa más que a un corto número de amigos, que sale de ella para presentarse en los sitios más públicos y concurridos de la corte. El gobierno no puede tampoco responder de la tranquilidad, si se marcha a un punto de donde pueda regresar con facilidad, ó a una población donde el partido progresista tenga gran número de aliados. El gobierno no puede conservar la tranquilidad pública si está en la corte cuatro días en vez de dos, si al partir para su destino atraviesa las calles más céntricas, y donde hacen servicio diario más de dos batallones de la guarnición. El gobierno no puede responder de la tranquilidad pública, si no tiene la vispera de salir el general, toda la fuerza de la guardia civil de la provincia reconcentrada en la corte; si no hace que esté en los cuarteles a la hora de la salida; si no duplica las guardias y aumenta los retenes, y manda que no salgan del cuartel la mayor parte de los jefes y oficiales. El gobierno no puede responder de la tranquilidad pública con una numerosísima policía, y con la oferta de la brillante espada del LEAL GENERAL O'DONNELL, y con la no menos brillante del consecuente GENERAL SERRANO. ¿Qué no puede pensarse de un gobierno que así se conduce? ¿Qué concepto pueden merecer los que le apoyan? ¿Qué crédito pueden dispensarse a sus órganos en la prensa, cuando aseguran que el orden no pelagra, que el gobierno vigila, que el país está contento, tranquilo y satisfecho? Pero si ridículo es lo que ha ocurrido en Madrid, no sabemos cómo calificar lo que ha sucedido en el viaje.

En cuanto a los cinco mil francos de la letra, están depositados en casa de un banquero en compañía de otros fondos que allí tengo a mi disposición.

—Pero, replicó Valentin, ¿debo tomar en serio cuanto acabáis de contarme?

—De seguro. Nunca me habria permitido...

—¿Y pretendéis ser prosaico? Pero, amigo mío, ni Saint-Preux, ni Werther, ni ningún otro caballero sentimental, habrían ejecutado acción parecida a la vuestra.

—Así será quizás. —Y, sin embargo, Enriqueta no piensa como vos, desgraciadamente.

—Mal negocio es querer a una prima, replicó Valentin; algo podría decirnos vos también sobre ese particular.

—Según eso vuestra prima no quiere ó no puede ser vuestra mujer.

—En primer lugar no me ama, y después está casada.

—En este caso no debéis vos amarla.

—Tenéis razón; pero si uno hiciera ó pagara todo lo que debe... en ese caso Clichy ya no existiría.

—Volvamos al insulto que me ha hecho ese Paretoz.

—Queréis permitirme antes que os dirija una pregunta? Mientras permanecisteis en el Cabo, no habéis oído nunca por casualidad hablar de un francés llamado Bartel?

—No.

—Verdad es que lo probable es que haya cambiado de nombre. Y luego habria sido ciertamente una verdadera casualidad... Pero no importa; voy a leerlos sus señas escritas en esta licencia de caza. Cabalmente me habia metido este papel en el bolsillo para enseñárselo a un capitán mercante del Havre que se halla actualmente en París.

(Se continuará.)

## FOLLETIN.

### UN PARENTESCO FUNESTO.

(Continuación.)

Una vez socorrido el extranjero, Valentin se fué en busca de sus compañeros. En cuanto al inglés, habia vuelto a su cuarto a fin de arreglarse un poco y quitarse el jaquet, de cuyos faldoes uno habia quedado en el campo de batalla.

—Después de algunos instantes volvió a salir y se apresuró a dar las gracias a M. Mazeran.

—Hablaban el francés con gran pureza y sus modales parecían en extremo distinguidos.

—Por vía de presentación ofreció a Valentin una de sus tarjetas, que decía: «El barón Sir Ricardo Overnon. Calle de Camartin.» Dióle del mismo modo la saya Mazeran, y entrando en conversación, el barón contó a Valentin que desde el primer día de su llegada a Clichy el personaje de tan mala catadura, a quien M. Mazeran habia visto escitar a los demás presos, y cuyo nombre era Teodoro Paretoz, habia querido ejercer sobre él cierta especie de presión. Que habiéndole recibido con excesiva frialdad por disgustarle en extremo sus maneras, Paretoz se habia puesto de acuerdo con algunos otros presos, a fin de obligarle a festejar su llegada al establecimiento con algun obsequio en su doble calidad de extranjero y del recién entrado. Que si hubieran manifestado esta exigencia de otro modo, no habria tenido inconveniente en acceder a ella, pero que como aquel acto de generosidad aparecía serie impuesto, no vació en contestar con uno no categorico. En vista de esta negativa, los demás presos escitados por Paretoz habian empezado por dirigirle algunas indirectas más ó menos embizadas, luego habian venido los insultos, y por fin los golpes, según hemos contado más arriba.

Sir Ricardo Overnon parecia una excelente persona sin hiel ni rencor, que habia ya olvidado por completo los golpes recibidos. Verdad es que por su parte lo habia devuelto con no poca gloria y singular acierto. Pero lo que no podia borrarse de su memoria, era el bofetón de Mr. Paretoz, y se creía en el caso de exigir una satisfacción por aquel nitraje. Así lo manifestó a Mr. Mazeran, pidiéndole consejo. Valentin comprendia perfectamente la justa indignación del inglés, pero no veía manera de poder obtener reparación del agravio, interin las puertas de Clichy permaneciesen cerradas por el agresor y el agraviado.

—Además, añadió Valentin, se me figura que conozco a vuestro adversario



tre almuerzos y comidas, presentes y futuros, es may



posible que se le origine alguna indigestión al señor de la Salve.

El Sr. Montero Ríos ha terminado ya el proyecto de organización de tribunales, el cual presentará á las Cortes dentro de breves días.

En la sesión que celebra esta noche el ayuntamiento de esta capital, quedará hecho el nombramiento de director de arbolados, para cuya plaza hay doce aspirantes, personas todas de suficiencia bastante para desempeñar este destino.

Estruendo es que no haya más...

Fecundo es el período revolucionario en todo género de publicaciones político-literarias, si bien desgraciadamente no suelen elevarse á la altura que deberían, porque parece que llevan consigo el germen de la raquitis y de la pequeñez todos los engendros del famoso pronunciamiento de Setiembre. La libertad absoluta de imprenta consignada en la Constitución vigente y establecida con ciertas limitaciones, no ha respondido á lo que, según los encomiadores de ella, vendría á resultar. En periódicos y folletos la discusión no se sostiene en la alta región de las ideas, y la ciencia tiene bien poco que agradecerle en el triste período que atravesamos.

Como una de las más notables excepciones de la regla general hoy en uso, debemos mencionar la Revista eléctrica por los campos de la política, interesante folleto debido á la bien cortada pluma del distinguido jurisconsulto D. Matías Rodríguez Sobrino, antiguo oficial primero del ministerio de Fomento, tan honrado como inteligente, y por ende cesante desde que vino la revolución Setembrina á restablecer el imperio de la honra y de las leyes en la venturosa España.

En sus breves páginas trata el autor los principales problemas políticos y sociales que están hoy sobre el tapete, inspirándose, al proponer las oportunas soluciones, en un espíritu de equidad y de justicia, digno de aplauso. Al mismo tiempo que los presenta con suma claridad en su aspecto práctico, no dejan de llevar de las exageraciones de una vana teoría, imposible de realizar.

La libertad política y religiosa, la de imprenta, la de enseñanza, el jurado, la monarquía democrática, la soberanía nacional, el derecho al trabajo y el sufragio universal, son temas que el Sr. Rodríguez Sobrino desenvuelve perfectamente demostrando los vastos conocimientos que posee. Sus justas y atinadas observaciones son las únicas compatibles con todo sistema de gobierno, capaz de garantizar el orden y el legítimo desarrollo del derecho, dentro de los límites de una libertad bien entendida.

Felicitemos al Sr. Sobrino por su excelente trabajo, que desearíamos ver pasar, de mano en mano como remedio eficaz contra las absurdas ideas que con tan pernicioso profusión se propagan en los tiempos presentes.

## SECCION OFICIAL.

La Gaceta de ayer anuncia que el gobierno otomano ha declarado franco el puerto de Salina, situado en la embocadura del Danubio, pudiendo entrar y salir libre de impuesto aduanero toda clase de mercancías, excepto las que se dirijan de aquel punto al interior, por tierra.

También anuncia la Gaceta que nuestro encargado de Negocios en el Japon, había sido recibido por el emperador con el ceremonial de costumbre, previa presentación oficial de las credenciales al primer ministro de S. M.

## REVISTA DE LA PRENSA.

La prensa periódica de provincias, así como la de la capital, revela sin distinción de colores el indescriptible estado en que se halla el país, gracias á la calamitosa situación que atravesamos.

Cogemos á la ventura un periódico de Valencia, y leemos este primer párrafo de su artículo editorial:

«Apurada, grave, dolorosa es la situación, por la cual estamos atravesando; incierto y tenebroso se presenta el horizonte de la política; nubes de vagras y siniestras formas recorren ese horizonte empujadas por vientos contrarios y enemigos; esas nubes crecen, se agrandan y amenazan convertirse en tempestades horribles y devastadoras; la confusión y la incertidumbre aumentan de día en día tanto, que todos nos preguntamos con ansiedad; ¿qué solución tendrán los actuales acontecimientos? Para contestarnos á esta pregunta nos dirigimos á las regiones del poder, ávidos de inquirir ó al menos adivinar qué es lo que se pretende; pero en las regiones del poder encontramos todavía más confusión, más incertidumbre. Estamos en un laberinto de donde ni el hilo de Ariana es capaz de sacarnos. Estamos como el baje, que entre las olas de un mar embravecido, sufre el embate de borascas y huracanes que amenazan estrellarle contra los escollos. Estamos en un agitado período de transición; estamos en una violenta crisis. En una palabra, estamos en los cielos.»

Oigamos ahora al Correo de Andalucía: «No vamos, respondiendo al título de estos renglones, á escribir la historia de la revolución de Setiembre; trabajo penoso fuera este y sobre penoso es el inútil, puesto que la conciencia de la nación comprende sobradamente cuales han sido los movimientos de aquel cambio social, y cuáles también las evoluciones que ha venido experimentando hasta colocarse á la altura en que hoy la hallamos.

Sin embargo, como justa expansión, como lógico desahogo de la honra lastimada, del amor patrio herido, de la dignidad engañada, habremos de consignar algunas palabras, siquiera sirvan para poner de manifiesto la diferencia funestísima del ayer y el hoy; la distancia inmensa de las promesas á las concesiones; el abismo que separa la teoría de la práctica.

La revolución, en efecto, no ha traído á la España sedienta de justicia, de reposo, de economía, otra realidad que la ruina, la desolación, el desorden y la expectativa de un aniquilamiento casi inevitable.

Ha destruido los intereses que debía haber enlazado. Ha desorganizado los principios que debiera haber armonizado por completo. Ha prescindiendo, en fin, de los principios, de las bases, y ha dado á luz el vicio profundo de su configuración: esto es, ha puesto de manifiesto la ambición, el personalismo, el egoísmo de nuestra descomponedora política.

Con semejantes doctrinas, fácil es adivinar que la síntesis gubernamental, administrativa y política de un pueblo cae por tierra.

He aquí, en efecto, lo que ha tenido lugar en España. He aquí el resultado del alzamiento nacional, fuente de bienes según sus prohombres, y caos horrible según denuncia la experiencia.

La revolución en su vida laboriosa no ha dejado vislumbrar un sistema encaminado á fortalecer los lazos sociales de nuestro país en sus diversas manifestaciones. Ha desquiciado, organizado, creado, corregido, mejorado, y por eso observamos que los ánimos pade-

cen, que el crédito muere, que los capitalistas se ahuyentan, que la sociedad permanece estacionaria. En esta confusión, el gobierno ha llegado á ser el enemigo del pueblo, porque olvida todas las clases; porque no responde á las exigencias unánimes del país; porque egoísta hasta la exageración prescinde de sus deberes y sus promesas.

La revolución había nacido grande y poderosa, y así se presentaba ante los hombres del gobierno.

Hoy ese mismo gobierno la mata. ¿Cuál es el misterio que existe entre el pasado y el presente? Lo hemos consignado.

La revolución en el triste período de interinidad que venimos atravesando ha sido una serie apasada, interrumpida de horrores: cada día, cada instante, tiene una historia funesta; y para que no se nos califique de pesimistas, vamos á copiar lo que en un colega de Madrid hallamos respecto á la situación presente.

Dice así:

«Dos crisis metálicas, un sinnúmero de motines, tres levantamientos abortados, varias cosechas perdidas y una invasión del cólera, son los sucesos que, acompañados de una marcha política y administrativa ciega, violenta y cada vez más reaccionaria, nos trajeron á la revolución. Esta, por sí misma y por el derrumbamiento de la dinastía, contribuyó á que el mal se agravase; después, todos recordamos lo que ha sucedido. La insurrección de Cuba, las jornadas de Cádiz, Málaga, Jerez, Barcelona, Zaragoza, Valencia y Granada y las sublevaciones carlistas y republicanas, son los puntos que nos marcan las etapas que hace diez y nueve meses venimos recorriendo. No parece posible que naen alguna en la tierra pueda tener en su historia un período tan calamitoso como el de los siete últimos años lo ha sido para España. Solamente la feracidad del suelo ha podido salvarnos de una ruina segura, y si la Providencia no se hubiera encargado de corregir con sus abundantes dones una gran parte del mal que nos ha causado la deplorable serie de sucesos antes citados, España no contendría hoy ni la escasa población á que quedó reducida en el siglo XIV.

Sin embargo, de la opulencia hemos pasado á la mediana, y de esta á la pobreza, y hoy hemos y descendido al último grado de miseria; ya no es posible bajar más. Las risueñas esperanzas que nos halagaban hace año y medio, han desaparecido, y lo que tenemos en su lugar son las fatídicas y repugnantes flaqueas del hambre y de la muerte.

El cuadro es sombrío y su verdad harto positiva. Sin embargo, á pesar de que la situación, no pasa desapercibida á los ojos del gobierno, este parece dispuesto á sostener las fluctuaciones del país hasta que un desenlace funesto sea el fin de la tragedia que representamos.

Nuestro edificio político se desploma y no procuramos evitar el golpe; y habremos de sucumbir bajo sus escombros.

Los instantes son preciosos, ¿qué desperdiciaremos? Aunque atravesamos un período de crisis inaguantable, bien pudiéramos elevarnos todavía desde el fondo de nuestra pequeñez hasta la grandeza que nos corresponde.

Pero ¿cómo? Era preciso que el gobierno abandonara su política de expectativa; que, prescindiendo de la inercia que lo distingue, se dedicase á resolver el problema de nuestro porvenir.

Tiene elementos y fácilmente puede realizar la obra. Le basta una sola frase puesta en práctica, que cese la interinidad.

Dejemos hablar al Euzcalduña:

«Miedo nos causa el tomar en nuestras manos los periódicos de provincias que recibimos, porque apenas pasa un solo día en que no tengamos que afligirnos, al considerar la enorme calamidad que, bajo el nombre de «miseria oficial», pesa sobre los municipios y sobre las diputaciones provinciales, que no tienen ya con qué atender á los enfermos y á los acogidos en sus hospitales y casas de beneficencia.

No es extraño que el Sr. Rívera pidiera al Sr. Figuerola en el último Consejo de ministros, urgentes recursos para atender á tan perentorias necesidades, porque conociendo como él conoce, por las comunicaciones que las Diputaciones le han dirigido, el verdadero y aflictivo estado en que se hallan las provincias, habrá comprendido lo que está en el ánimo de todos los hombres imparciales, á saber, que la cuestión de caridad puede llegar á ser un verdadero conflicto para las autoridades que no pueden acallar tantos lamentos, enjugar tantas lágrimas y socorrer tantas necesidades.»

Y así continuaremos, no sabemos hasta cuándo, si tuviéramos espacio en nuestras columnas. Las simpatías hacia el gobierno no pueden ser más grandes ni más espontáneas.

Para concluir nuestra revista de hoy, copiamos unos cuantos párrafos del artículo de La Igualdad:

«Hemos sido profetas en nuestra patria. Los acontecimientos, con su abrumadora evidencia, han venido á probar cuán ciertos eran por desgracia los males que amenazaban á la nación, y cuán inevitable y próxima la ruina de nuestra patria.

Hemos llegado hoy día al período álgido de nuestra descomposición política y social; los últimos síntomas de una muerte cercana se multiplican por todas partes con una rapidez vertiginosa. Un marasmo general, el síntoma más grave de la decadencia de un país, se ha apoderado de una gran parte del pueblo español. La permanencia del mal ha desarrollado entre nosotros cierta insensibilidad, tanto más fatal cuanto que contribuye á ocultarnos un peligro que no por ser menos conocido, deja de ser menos grave é inminente.

A nosotros, que hemos vivido siempre apartados de la esfera gubernamental, que colocados en un extremo podemos apreciar mejor la angustiosa situación porque estamos atravesando; á nosotros, los representantes y defensores de una idea nueva, á nosotros toca dar, quizás por última vez, la voz de alerta, á fin de que los hombres honrados de todos los partidos, que los amantes de su patria, que aquellos mismos que, egoístas, en la prosperidad de la nación solo ven su propia prosperidad, reuniendo sus fuerzas, salven al país por un supremo movimiento nacional.

Todas las revoluciones tienen un primer período de perturbación temporal, que cuando aquellas han de realizarse por completo es síntoma de grandes progresos, pero que es fatal para un país cuando al destruir no reedifican, cuando á los intereses antiguos no saben oponer otros nuevos y cuando una negación es la última palabra de su política. Las revoluciones son eminentemente creadoras; las que nada producen, no tenemos en decirlo, son eminentemente fatales para el pueblo que las sufre.

Hemos llegado á unos tiempos en que no basta consignar en unos cuantos decretos algunas libertades, que nunca se han respetado en la práctica; la Europa, y España más quizás que ningún otro país, ansía reformas y soluciones que la salven de la ruina inminente que la amenaza; la revolución que esto no consigue no es tal revolución, y sus hombres no son revolucionarios sino los más perjudiciales de los perturbadores.

La falta de ideas en la revolución de Setiembre, de plan, de gobierno y de soluciones en sus hombres, había de engendrar forzadamente una descomposición completa de todos los poderes gubernamentales, y, como resultado, arrojar al país en una espantosa anarquía. Porque no consiste la anarquía en las agitaciones populares, que por otra parte siempre son legítimas, porque siempre reconocen por causa grandes sufrimientos, porque no son las insurrecciones las que hacen á un país anárquico; la verdadera anarquía, la anarquía fatal para un país, la anarquía que mata su libertad, hiere de muerte á la industria y al comercio, hace imposible el cultivo de las ciencias y de las artes, pervierte el espíritu nacional y conduce á una nación hacia una ruina inevitable, es la anarquía de arriba, la anarquía de los gobernantes.

Un gobierno que carece de plan y de sistema, que ha perdido su organización, cuyos ramos no se relacionan bajo una superior unidad, que fomenta un déficit cada día más espantoso; este es un gobierno anárquico.

Unas Cortes que, como las actuales Constituyentes, tienen una mayoría que carece de ideas superiores para la Constitución del país, que hoy rechazan lo que aprueban mañana, que en un mismo día hacen dos votaciones contrarias sobre un mismo asunto, y que viven esclavos de unos cuantos mandarines, son un poder anárquico y perturbador.

Un regente, que es, cuando menos, un poder inútil para la gobernanza del Estado, tiene que ser á la corta ó á la larga un elemento anárquico y perturbador.

Un ministerio, compuesto en su mayoría de apóstatas ó renegados, campeones ayer de las reformas democráticas, mantenedores hoy de las instituciones odiosas de la dinastía caída, es un poder anárquico y perturbador.

Un ministro de Hacienda, que, ante un déficit de más de mil millones, aumenta los gastos, hace empréstitos á tipos onerosos, que nunca podremos pagar, impone nuevas contribuciones, tanto más difíciles de satisfacer cuanto que disminuyen en proporción las fuentes de riqueza, es eminentemente anárquico y perturbador.

Estamos en plena anarquía, en completa descomposición política y social. La revolución ha muerto en manos de los partidos medios, que han llegado al punto en que hoy nos encontramos, sin haber hallado solución alguna, ni al problema político, ni al más tremendo problema rentístico que se presenta ante nuestra vista, bajo la desesperadora forma de una bancarota que nos colocará en el último lugar de las naciones, y que podría ocasionar al fin, para colmo de deshonra, una intervención extranjera en nombre de los intereses europeos, comprometidos en nuestra ruina.

Esta es la triste realidad, este es el punto á que año y medio de desaciertos, de inmoralidad en unos y de miedo á la república en otros, nos han conducido. Hemos sido profetas en nuestra patria.

Pero una nación como la española es siempre rica en fuerzas y recursos; el país que, por muy desesperada que sea su situación, no hace un esfuerzo supremo para salvarse, merece su suerte. Que la inminencia del peligro y la gravedad del mal libre, pues, de su ceguera á unos, de su indiferencia á los más, y que aúnen sus esfuerzos para producir un movimiento nacional que salve á la patria en peligro.

No en nombre de un partido, ni de una idea política, sino en nombre de la España en peligro, reclamamos hoy el auxilio y la cooperación de todos.

Después de estos agradables cuadros de tan exacto parecido, solo se nos ocurre gritar con nuestro gran Figuerola: ¡Bendita sea la revolución!

## SECCION DE NOTICIAS.

Al ir á trasladar los restos del ilustre marino, el capitán general que fué de la armada, marqués de la Victoria, desde la iglesia del Carmen de Cádiz al panteón de marinos célebres, hallóse el cuerpo en perfecto estado de conservación, así como las ropas. Vestía botas con enormes tacones, ya desdoblados; calzón bombacho que llegaba hasta la rodilla y volvía de él una especie de bota, como las de las mangas; chaleco muy largo, sobre el que había una gran banda; luego el uniforme, guarnecido de entorchado, con dos en las mangas; y el tercero de capitán general por las costuras de estas; porque en aquellos felices tiempos nadie se igualaba con el soberano, que ora el único que gastaba tres entorchados en las botas. Encima del uniforme tiene una capa de seda blanca, toda cubierta de flores delis bordadas de oro, tan bien conservado como el del uniforme. En la cabeza una redondea y sin bucles, y un sombrero chambergo, tricrónico. Tiene sus huesos cubiertos con su cutis, los ojos algo hundidos, la boca en su estado natural, y solo la nariz algo deteriorada; las manos cruzadas están en perfecta conservación.

Desde el día 1.º de Junio reaparecerá el periódico demócrata Las Cortes, que durante un largo período de su primera época fué el genuino representante de la fracción democrática de la Cámara. Será dirigido, como anteriormente, por nuestro particular amigo D. Annibal Álvarez Ossorio, y formarán parte de la redacción los más distinguidos escritores del partido.

El Sr. D. Pascual Madoz ha presentado la dimisión del cargo de director de La Peninsular, renuncia que le ha sido admitida en junta general de socios. Para sustituirle en dicho cargo ha sido nombrado D. Leandro Rubio, y para subdirector el Sr. Riego Pica. También ha renunciado el cargo de abogado consultor de esta sociedad el Sr. Lerin y Marin, y ha sido nombrado para sustituirle D. José Indalecio de Caso.

Se indica con grandes probabilidades para la administración de aduanas de Manila á D. Benito Carreño.

Ha sido nombrado vista primero de la aduana de Manila, D. Francisco Javier de Tiscar.

Los Sres. Martos y Rodríguez han retirado sus dimisiones de individuos de la junta de la mayoría, y La Nación les felicita por acuerdo tan oportuno.

Se han concedido seis meses de licencia para Francia al mariscal de campo D. Juan de Lesca y Fernandez.

Varios periódicos de provincias anuncian manifestaciones pacíficas en contra de las nuevas tarifas para la contribución de subsidio. En muchos puntos está ya anunciada para el domingo próximo. Es mucha la popularidad que disfruta el proyecto del señor Figuerola.

Se ha dispuesto que el capitán de navío de primera clase, D. Miguel Manjón, se encargue del mando de la fragata Zaragoza, y del mando del vapor Ciudad de

Cádiz que aquel desempeñaba, el capitán de navío don Diego Mendez Casurro.

Ha sido nombrado mayor general del apostadero de la Habana el capitán de navío D. Gabriel Pitts Davelga.

Hoy se abrirá al público el magnífico jardín del centro de la plaza de Oriente, desde las cuatro de la tarde á las nueve de la noche.

Segun noticias, el promotor fiscal de Béjar, señor Pasalodos, parece que fué acometido y herido: hace pocas noches por una turba de desconocidos, teniendo para defenderse que hacer uso de un revolver.

Ayer fondó en Vigo, á la una de la tarde, procedente de Lisboa, en cinco días, la escuadra inglesa, al mando del vice-almirante sir Thomas M. C. Siskmond. Compónese la escuadra de los buques Minstaur, Agincourt, Hercules, Northumberland, Warrior y Fox-consant, con 4.075 tripulantes.

Ayer salió para su destino el cónsul español en Bayona, D. Manuel Alarcon.

Ayer ha sido asaltado y robado cerca de Madrid el criado del alcaide de Pozuelo, que conducía á este punto un carro y algunos valores. Los ladrones han sido tres hombres armados y montados, de los cuales dos han sido presos en la plaza de la Cebada.

## SECCION DE PROVINCIAS.

Un periódico de Málaga y partidario de la revolución de Setiembre, dice lo siguiente:

«Visitando ayer tarde los muelles y el delicioso faro, quedamos dolorosamente impresionados al ver nuestro pintoresco puerto desierto de buques, y manifestando con esa desanimación, elocuente la paralización del comercio y la poca importancia actual de la navegación. Inútil es decir á qué atribuímos esta notable desgracia para la riqueza pública: el estado del país, la dislocación general que enerva sus fuerzas vitales, la inseguridad presente y la desesperada desconfianza en el porvenir, son los principales agentes que matan el movimiento y obstruyen las fuentes de todo bienestar en los pueblos que, como Málaga, viven del comercio y de la industria, y no de la intriga política que todo lo envenena y destruye.

Deploramos este estado de cosas y la soledad de este puerto que nunca ni por ningún motivo hemos visto en condiciones tan lamentables.

Y ya que hablamos de este asunto, no dejaremos de emitir una observación que nos parece importante para el desahogo del puerto: las arenas acumuladas en la punta del faro y últimos términos del muelle viejo, por formando una playa, es indiferente esta ocupación ó convendría evitarla, para que no se estreche la entrada del puerto con perjuicio de las embarcaciones.»

Un colega de Valencia, dice lo siguiente: «Llamamos la atención de la autoridad superior del distrito, para que averigüe lo que ayer tarde sucedió en la calle de San Vicente de esta ciudad entre el coronel del regimiento 1.º de línea y un soldado que al parecer fue herido. El hecho, según se nos ha informado produjo indignación en las personas que lo presenciaron y se comentó después de mil maneras, ciertamente nada favorables para el espresado jefe.»

Ha sido nombrado jefe de negociado de segunda clase, secretario de la intendencia general de Hacienda de Puerto-Rico, D. Federico Sevilla.

Ha sido nombrado auxiliar de la clase de primeros del Tribunal de Cuentas del reino, D. José María Yoldi y Obispo.

Han sido nombrados oficiales de la clase de primeros del cuerpo de administración civil con destino á los gobiernos, de Salamanca, D. Teodomiro Ramirez de Arellano, y de Huelva [D. Ramon Izquierdo y Cutaya.

D. José Luis Dacarrete, oficial de la clase de primeros en el gobierno de Sevilla, ha sido trasladado en igual clase al de Cádiz.

Ayer llegó á Barcelona, después de haber pasado unos días en Zaragoza, el eminente poeta D. José Zorrilla.

Dentro de breves días comenzará á hacer viajes entre los puertos de Denia y Valencia, estendiéndose quizás al de Barcelona, un vapor que reemplazará al pequeño vaporcito El Cid, que anteriormente hacia esta carterá.

De un periódico de Valladolid copiamos lo siguiente: «Hasta los niños se vuelven contra el gobierno. La Voz del Patriotismo dice que los niños que asisten á la escuela de Valencia de Don Juan, se han negado, en uso de su derecho, á recibir el libro de la Constitución democrática que les daba su maestro, siendo solo tres los que le han admitido de ciento que á la escuela concurren.

Así lo manifiesta el maestro en sentimental oficio, que dirige al señor presidente de la junta de escuelas.

Lo propio sucede en la mayor parte de los pueblos de esta provincia, á pesar de habers escrito por dos periodistas célebres y ambos maestros de niños, y por lo tanto deben ser conocedores de estos, dos silabarios que han bautizado con el usurpado nombre de Catecismo constitucional; adelante, niños, adelante, que el hombre debe ser religioso antes que político.

Del mismo periódico tomamos lo siguiente: «En Béjar se ha vuelto á alterar el orden, y han sido heridos el distinguido promotor Sr. Pasalobos y un agente del juzgado: á estas horas está el orden restablecido: se sabe telegráficamente así, como que las lesiones del promotor son dos leveas.

Segun un periódico de Barcelona, parece que son muchas las clases industriales de dicha ciudad que se proponen acudir al gobierno, quejándose de las nuevas tarifas, que de no modificarse radicalmente, obligarán á cerrar bastantes establecimientos.

Del Avisador Malagueño copiamos lo siguiente: Acuerdo.—La comision nombrada el domingo en la reunion de contribuyentes que se efectuó en el Circulo Mercantil, ha nombrado presidente á D. Francisco Carraschacu, vicepresidente á D. José Gallardo Guzman, y secretario á D. Joaquín Herrera.

Reunida dicha comision con los síndicos de los gremios, acordó anteayer que estos elevaran á

S. A. el regente una esposicion en contra del reglamento y tarifas de la contribucion industrial y de comercio, y que además cada gremio representase por sí en el mismo sentido. Nos parece oportuno este acuerdo, pues en una esposicion general ó colectiva no se pueden detallar todos los perjuicios que á cada una de las diversas clases contribuyentes infliere el referido reglamento y tarifas, ni consignar las necesidades de cada una de aquellas, cosa que debe hacerse, particularmente por los interesados en cada industria, sin perjuicio de la gestion colectiva que para que pueda dar resultado, es preciso sea unánime y comun; pues debiendo presentar todos los contribuyentes un mismo pensamiento y una misma decidida voluntad, la esposicion colectiva llena este objeto.

En la provincia de Málaga siguen los crímenes, segun El Avisador de la misma ciudad:

Cadáver.—Anteayer fué conducido á esta ciudad el cadáver de un hombre que había sido asesinado en la villa de Benagabon.

Bandidos.—Uno de estos últimos días por la tarde, yendo D. Juan Gonzalez, rico propietario de Cuevas Bajas, á una de sus haciendas, le salieron al encuentro ocho hombres, con objeto sin duda de llevárselo para exigirle alguna cantidad; pero no viendo más que á dos de ellos les hizo fuego, con su retaco, derribando á uno de ellos; pero los otros que estaban emboscados dispararon sobre él por detrás, recibiendo cuatro balazos, que le privaron de la vida casi instantáneamente. Este suceso ha causado gran sensación en toda aquella comarca.

Nuestro corresponsal de Ubeda con fecha 5 del corriente nos escribe lo que sigue:

Sr. Director de El Eco de España.

Mi querido amigo: las esperanzas que en Marzo concibieron los labradores de recoger una buena cosecha, las ha destruido por completo Abril, pues ni siquiera un día ha llovido en este mes. Como la vida de toda esta comarca es exclusivamente la agricultura, calcule Vd. cómo estará todo el mundo. Para colmo de desgracias ha empezado el cobro de las contribuciones, ¿pero cómo? Exigiéndolas de repente, sin previo aviso, y con un 20 por 100 más anotado al resguardo de cada recibo talonario.

En vano se han hecho reclamaciones: los recaudadores, como es natural contestan que son instrucciones que reciben, y los pobres que han tenido que reunir á duras penas el mismo importe que el trimestre pasado en la creencia que la misma cantidad debían pagar en este, han tenido que echarse en brazos de los saureros, ó mal vender sus bestias ó menaje de casa, á fin de libertarse de un embargo por la Hacienda.

No es esto solo: en el reparto de arbitrios que la Diputación provincial acaba de hacer, aparece esta ciudad recargada con doscientos mil reales más que en los años anteriores.

Al pobre, al rico, al tío y al troyano, con tal que pague alguna contribucion, por corta que sea; no se les oye decir más que «¿á dónde vamos á parar? ¡qué economías, qué beneficio en concepto alguno nos ha reportado la revolución de Setiembre!»

Reina un malestar grandísimo, lo mismo aquí que en todos los pueblos de la provincia. En este teatro, que es preciso y capaz, se ha sostenido siempre una compañía de verso ó de zarzuela: hoy da funciones una compañía muy regular á un precio baratísimo, y apenas va gente. En Baeza sucede lo propio.

Las atenciones públicas no se pagan: se deben los alquileres de siete meses de la casa-cuartel de la Guardia civil, se le deben otra porción de mensualidades al contratista del correo general, se le debe á los maestros de escuela, se le debe á las pocas clases pasivas que hay en este pueblo, se le debe al clero, y en fin, á todo aquel que tiene derecho á percibir algo del Estado.

Este ayuntamiento tiene tambien muy atrasado el pago de algunas de sus obligaciones.

El tambor de los voluntarios de la libertad resuena todos los domingos y se van á hacer el ejercicio al magnífico edificio de las Cadenas, monumento de gloria nacional, que albergó á Carlos I, y que de convento después fué convertido en cuartel de la fuerza popular por los hombres de Setiembre: lastímas que estos vecinos no empleen sus ocios en cosa más útil para ellos y para el país.

De los robos de la iglesia de Bedmar y del de la casa del Sr. Torralba en esta, nada se ha podido averiguar hasta ahora.

Quedando en tener á V. al corriente de lo que vaya ocurriendo y sea digno de publicarse.

Se repite á sus órdenes su afectísimo amigo, que B. S. M.

## SECCION EXTRANJERA.

Inútil es buscar en los periódicos de París otra cosa que no sea detalles sobre la conspiración últimamente descubierta, ó noticias sobre los trabajos de los comités plebiscitarios y anti-plebiscitarios.

He aquí en qué términos aprecia El Journal Officiel la conducta seguida por el partido revolucionario, respecto del complot:

«La táctica del partido revolucionario es conocida. Consiste en aproximar todos los actos del gobierno. Este partido intenta un motin, un alboroto; la policía es quien lo provoca. Organiza un complot; el gobierno es quien lo ha inventado. Se prende á un individuo en el momento en que va á alentar contra la vida del emperador, confiesa aquel su criminal proyecto; sin embargo, cierta parte de la prensa insiste en negar semejante atentado. Se encuentran bombas; la policía las ha fabricado. Pero se descubre al que las ha fundido, y este dá detalles precisos. ¿Convenecerá eso á los incrédulos? No, porque lo son voluntariamente.

«El deber del gobierno es prevenir al público contra todas las maniobras electorales. Prosiguese la instrucción judicial con la mayor actividad, y como el nuevo atentado no es más que la continuación del complot de Febrero, cuya instrucción está completamente terminada, la opinión pública no tardará mucho tiempo en conocer todos los elementos de apreciación.»

El comité central del plebiscito ha dirigido á los electores una nueva circular, en que les dice que su tarea ha concluido y va á empezar la del cuerpo electoral, consiste esta en reunirse el 8 de Mayo como un solo hombre en sus secciones respectivas para depositar su sufragio. En 1848, añado, se trataba de decidirse entre dos candidatos; en 1870 va á juzgar dos Constituciones: una que es privó temporalmente de vuestras libertades, otra que os las devuelve para siempre. Racionalmente no hay duda posible: id pues á votar y votar todos sí.

Electores, ¿Queréis la libertad? Votad, sí. ¿Queréis el orden? Votad, sí. ¿Queréis la estabilidad? Votad, sí. ¿Queréis la prosperidad? Votad, sí. ¿Queréis recomendar nuestros esfuerzos, nuestra abnegación? Votad, sí.

Véase ahora la nueva carta dirigida á los periódicos por M. Emile Ollivier.



«Señor director:  
«Pedis al gobierno que declare que no se lanzará la reacción por las medidas dolorosas de resistencia que le obligan a quienes habia creído apaciguarse con una conducta tan clemente y conciliadora, que apenas presenta la historia ejemplos de otra semejante.

«Leed en los periódicos de esta mañana la descripción de una de las reuniones públicas celebradas anoche. ¿Existe, por ventura, en Europa país ninguno en que se pueda decir contra el gobierno lo que desde hace ocho días se viene diciendo contra el gobierno del emperador?

«Además, ¿quién habla de reacción? No. Pero lo que ha habido ha respondido: revolución.

«No os alarméis, pues, por una reacción que nadie aconseja.

«Preocupaos más bien de una revolución decidida para triunfar, a no retroceder ante ningún medio.

«La libertad no peligrará sino en el caso de que el pueblo se agocie seriamente el plebiscito liberal.

«Si, como creo, lo sanciona por inmensa mayoría, libertad quedará irrevocablemente fundada bajo la salvaguardia de los Napoleones.

«No debe ser cierta la noticia que corrió estos últimos días respecto a modificaciones en la actitud de partidos oleanistas, y de inteligencias entre Mr. Thiers y Mr. Guizot, cuando en el *Diario de los Debates* hallamos la siguiente carta suscrita por Mr. Dufaure, Allou y Haureau: Dice así:

«Paris 2 de Mayo de 1870. «Algunos periódicos pretenden que el comité liberal que sostuvo la candidatura de Mr. Thiers en la 2.ª circunscripción del Sena está dispuesto a modificar la declaración en que aconsejó a los electores el voto negativo ó la abstención.

«Este rumor, divulgado sin fundamento, es completamente inexacto. El comité no ha vuelto a reunirse, ni tiene motivos para modificar el acuerdo que sus individuos tomaron por unanimidad.

«Respecto de la actitud tomada por el clero francés en la cuestión plebiscitaria, leemos en el órgano del comité central: El clero francés ha comprendido a pesar de la actitud sospechosa del *Univers* y del *Monde*, que no podía permanecer indiferente en la gran crisis que atraviesa el país.

«Así es que muchos prelados residentes en Roma ó detenidos en sus diócesis por su edad avanzada, acaban de publicar circulares excitando a los fieles para que cumplan con un deber de patriotismo, votando sí. Citamos entre otros al venerable cardenal arzobispo de Chambery, a los de Lyon y Tours, y a los obispos de Annecy, Tarentaise, Gap, Nîmes y Noyers. El clero sabe perfectamente que salvo algunas excepciones, los enemigos del imperio lo son también de la religión, y que si los no viesen en el escrutinio del 8 de Mayo no serían los triunfadores, ni Mr. Thiers ni el conde de Chambord, sino la república democrática y social.

«Su Santidad ha aprovechado también la cuestión del plebiscito para dar testimonio de la profunda y sincera gratitud que profesa al emperador de los franceses. Con este motivo ha hecho presente a los obispos que merced a la protección eficaz de Napoleón III, que ha querido justificar en esta ocasión su título de hijo primogénito de la Iglesia, puede el concilio deliberar con completa seguridad y libertad a pesar de los esfuerzos de los enemigos de la Iglesia.

«Así es que esta no puede menos de hacer fervientes votos por la consolidación de la dinastía napoleónica, y aconsejar al clero francés, no solo que vote en favor del plebiscito, sino que ponga en juego toda su influencia para que el sufragio universal produzca el resultado apetecido.

«La asociación internacional de obreros de Londres ha celebrado un *meeting* en la calle de Holborne; se ha adoptado una resolución rechazando con indignación toda sospecha de complicidad en el complot contra la vida del emperador, y que termina con estas palabras: «La asociación no tiene otro objeto que la emancipación económica de las clases trabajadoras. No conspira secreta, sino públicamente; con dicho objeto».

«Con perdón sea dicho de los individuos ingleses de la asociación internacional nos parece que esta declaración dista mucho de la verdad: las huelgas de Bélgica, Francia é Italia, las numerosas prisiones que ahora se están haciendo en el imperio, y los graves indicios que resultan contra muchos de los presos, demuestran que los trabajos de la asociación, ni son siempre públicos, ni se limitan exclusivamente a las cuestiones económicas.

«La Cámara de diputados de Florencia continúa discutiendo en comité el proyecto de ley provincial y municipal. M. Lanza defiende el artículo en que se establece que los alcaldes sean nombrados por los consejos municipales; esta medida es en su concepto favorable a la descentralización, liberta al gobierno de muchos compromisos y tiende a separar la política de la administración. El artículo fue aprobado por gran mayoría.

«El ministro de Hacienda presentó un proyecto de ley para completar la red de ferro-carriles de Calabria y Sicilia.

«El Memorial Diplomático dice que M. de Bismark, aunque completamente restablecido, prolonga intencionalmente su residencia en Varzina para no asumir la responsabilidad de la derrota que va a sufrir el gobierno en las discusiones del Parlamento aduanero relativas al aumento de los derechos de importación del café.

«La Cámara de los Comunes de Inglaterra se ha ocupado de los asesinatos de Marston. Mr. Otway ha dicho que tiene motivos para creer que el gobierno griego concederá una indemnización a la viuda de M. Lloyd.

«M. Birley reclamó una investigación parlamentaria sobre los resultados del tratado de comercio con Francia. Con el fin de obtener una rebaja en los derechos a que están sujetos los géneros ingleses.

«El conde Mr. Lefevre secretario del *Board of Trade*, diciendo que la información no era necesaria: que durante los tres últimos años ninguna industria, excepto la *ciniera* de Coventry, se había quejado de la concurrencia francesa, y que todos los datos reunidos demostraban que el tratado había sido benéfico para el comercio inglés.

«Después de aconsejar M. Lowe, canceller del Echequier que se aguardase a conocer el resultado de la investigación dispuesta por el gobierno francés la Cámara rechazó la proposición de M. Birley por 133 votos contra 50.

## DESPACHOS TELEGRAFICOS.

Paris 6.

Una Asamblea privada de electores del octavo distrito de Paris, ha reprobado a M. Thiers porque persistía en aconsejar la abstención.

Una proclama del comité de la izquierda protesta contra las proposiciones exajeradas dadas al complot.

A primera hora se ha cotizado: El 3 por 100 francés, a 74,75.

El 3 por 100 interior español, a 25.  
El 3 por 100 español exterior, 1867, a 29 1/8.  
El 3 por 100 id. id., 1869, a 28 15/16.

## CORTES CONSTITUYENTES.

Sesión del día 6 de Mayo.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR GOMEZ DE LA SERNA.

Abierta la sesión a las tres, se leyó y aprobó el acta de la anterior.

El Sr. MORENO TELINGE presentó una exposición. El Sr. VILLAVICENCIO presentó una exposición de varios maestros de escuela que piden se les permita cerrar estas, puesto que no se les paga, a fin de dedicarse a otras ocupaciones.

Los Sres. Padial, Santa María, Blanc y otros tres diputados pidieron que constase su voto conforme con el de la mayoría en la votación de anoche.

El Sr. BLANC apoyó una proposición de ley autorizando al ministro de Hacienda para la concesión de una laguna en la provincia de Albacete.

Se aprobó sin debate el proyecto de ley concediendo a la diputación provincial de Guipúzcoa el aumento de los derechos de carga y descarga en el puerto de Pasajes, a causa de las obras que en él ha de hacer.

El Sr. VICEPRESIDENTE (García Gomez): Discusión del dictamen relativo al proyecto sobre cesión por el término de 99 años, a la diputación provincial de Guipúzcoa, del aumento de los derechos de descarga del puerto de Pasajes.

Leído dicho dictamen, y abierto el debate sobre la totalidad, no habiendo ningún señor diputado que pidiera la palabra, se acordó haber lugar a deliberar por artículos, quedando aprobados sin discusión alguna los cinco de que constaba el proyecto, que se anunció pasaría a la comisión de corrección de estilo.

El Sr. VICEPRESIDENTE (García Gomez): Continúa el debate pendiente sobre el articulo del presupuesto general de gastos.

El Sr. GARCIA (D. Diego): Cediendo a las instancias de mi íntimo amigo el señor presidente de la comisión, me levanto a tomar parte en este debate; no para impugnar lo que dijo el Sr. Herrero, con quien estoy conforme en la mayor parte de las apreciaciones que hizo, sino más bien para consumir un turno en pró.

«Mi amigo el Sr. Herrero espuso observaciones de la mayor importancia, y tenía razón cuando hacia ver la imposibilidad que había de cubrir la cifra que presentaba el presupuesto de gastos sin apelar al crédito, y por consiguiente, la necesidad que había de reducirlos; y es sensible que todo esto no lo hubiera manifestado con la gran copia de datos que ahora nos ha presentado, cuando se trató del presupuesto de gastos: pues una vez aprobados, nada podemos adelantarlo hoy.

«Además, S. S. ha podido ver que en el articulo que se discute se formulan algunos preceptos para remediar los males que se observan, en todo aquello que sea posible, ya con la presentación de una ley de retiros, con la dependencia que en la parte económica han de tener los demás ministerios del de Hacienda, con la valoración para que se autoriza al señor ministro de Hacienda a fin de que pueda saberse el activo y pasivo que existe, ya con otras medidas que tienden a encauzar la administración.

«El Sr. TUTAU combatió en segundo turno la totalidad de dicha ley.

El Sr. PESET le contestó.

El señor ministro de HACIENDA censuró que el espíritu de localidad haya hecho imposibles ciertas economías, como la de supresión de cinco universidades.

El señor ministro de Hacienda espuso las diferentes economías que el gobierno había hecho ó proyectado.

El Sr. HERRERO rectificó, y después el señor ministro.

El Sr. ARDANAZ empezó a apoyar la enmienda de que ya hemos dado cuenta.

El orador declaró que no iba a provocar una acalorada discusión, ni siquiera a hacer una oposición rudal al gobierno en la cuestión de Hacienda; que iba únicamente a recordar al país cuál fué la obra del orador como ministro de Hacienda, y cuál la del actual, para que el país juzgándolos diese su fallo.

Recordó cuál era la situación económica al espirar el mes de Julio último, y la necesidad de evitar que en el presupuesto actual hubiese un déficit tan considerable como el del año anterior, que llegó a ser de 1.000 millones.

El orador comprendió que para mejorar tan activa situación era necesario reformar el presupuesto, porque de otro modo habría que apelar al crédito, y sabido es cuáles son las cifras que representan los intereses de nuestra deuda para intentar aumentarla.

Habia, pues, que reformar el presupuesto de gastos y reformarlo, costarlo lo que costara y sufriera quien sufriera.

Y esto hizo el orador de acuerdo con el Consejo de ministros que comprendió la necesidad de nivelar los gastos con los ingresos, porque creía y cree que para salir de la tristísima situación económica en que estamos, se necesita, no un paliativo, que lejos de acabar con el mal apenas lo atenúa, sino un remedio energético y varonil que ponga término a tan activo estado. Así se explicaba el presupuesto nivelado que presenté en tiempo oportuno.

Entrando en la explicación de algunas reformas de las que propuso, hizo presente que la aminoración de la dotación del clero que consignó, era una necesidad reconocida hasta por los hombres de gobiernos conservadores, y bastaba para justificar esa necesidad consignar que España, para el doble relativamente para el clero que Francia, que es el país que más paga.

Sobre esta cuestión surgió la desavenencia conocida por opinar los ministros radicales que la fijación de los haberes del clero, era de la potestad del Estado exclusivamente, y crear los unionistas que era de concordia entre el poder civil y el eclesiástico. Sometióse la cuestión a la mayoría y se acordó su aplazamiento.

Después hubo crisis, y los pensamientos de los radicales dominaron, pero no porque sus soluciones fuesen las únicas, puesto que la unión liberal tuvo y tiene soluciones para todos los problemas que la revolución entraña.

Y aquí se ocupó en rectificar una inexactitud en que incurrió el general Prim, cuando en una noche célebre aseveró que no podía apartarse del Sr. Figuerola, porque no había partido que le diera un ministro de Hacienda. Esto no era exacto.

La misma unión liberal se prestaba al sacrificio de tomar la cartera de Hacienda para resolver la cuestión, solo que para ello imponía una condición que no aceptó el general Prim: la de que desde luego se llegase a la elección de rey, que tanto deseaba y cada día desea más el país, y para cuya solución también la unión liberal se prestaba, aceptando la que se le propusiera, porque no era partido que rechazaba las

soluciones cuando eran convenientes, ni ponía impedimento, como les sucede a otros, que por no tener las rechazadas las de los que les tienen.

A petición del orador suspendió por pocos minutos la discusión.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Madrazo): Se suspende esta discusión y se va a proceder a la votación definitiva de varias leyes.

Se leyeron, revisados por la comisión de corrección de estilo, se declararon conformes con lo acordado, y se aprobaron definitivamente, los proyectos de ley relativos a cuentas definitivas de 1869, real orden de 29 de Abril de 1864 relativa al Sr. Beltrán de Lis, concediendo los derechos de aumento del puerto de Pasajes a la diputación foral de Guipúzcoa, y concediendo una pensión de 1.500 pesetas anuales a cada uno de los hijos de D. Gonzalo Castañón.

Continuando la discusión pendiente, dijo.

El Sr. ARDANAZ: en vez, pues, de un presupuesto nivelado de 2.622 millones de reales, hemos votado uno de 2.817, que dejará un déficit considerableísimo. Esta es vuestra obra, señores diputados. Yo no puedo aplaudirla, pero no me toca censurarla; tocame solo manifestarla, para que la prensa la lleve a todos los ámbitos del país, que os dirá luego si habeis satisfecho sus aspiraciones ó las habeis defraudado.

En este último caso habrá que desandar el camino recorrido; pero os servirá la lección de enseñanza práctica, aunque dolorosa, y os prevendrá ser en otra ocasión más cautos, y no acriminar a otras situaciones cuando los grandes gastos que se les achacan han sido poco mayores que los que hoy se hacen, y con ellos y con cinco años de buen gobierno se ha surcado el país con 3.000 kilómetros de ferro-carriles y con 7.000 kilómetros de carreteras, se han construido 117 faros y se han mejorado 24 de nuestros puertos comerciales más importantes, que quedarán siempre como monumentos de aquellos gastos, al paso que los que hoy se hagan no dejarán detrás de sí más que el vacío.

Pero como un mal ya hecho no tiene remedio, es menester evitar en lo posible sus consecuencias haciendo que el ejercicio termine en 31 de Diciembre de 1870. Para 1871 deberíamos hacer un presupuesto tal como yo le he presupuesto; esta es mi aspiración, porque creo que es preciso nivelar el presupuesto, y para ello propongo un medio; si este no os parece aceptable, propongo otro; pero si no lo tenéis, yo tengo el deber de llamar la atención a los señores diputados para que desde 1.º de Enero de 1871 haya un presupuesto que no exceda de 2.620 millones de reales.

Pero no basta esto; hay que resolver la cuestión política para resolver la cuestión de Hacienda, y no hay más remedio que concluir con la anarquía, bien sea la anarquía mansa de que algunas veces nos ha hablado el señor ministro de la Gobernación, ó esa anarquía tumultuosa que ha regado con sangre de hermanos nuestras más feraces campañas y nuestras más hermosas ciudades.

Hay que cerrar, en mi concepto, el período de la interinidad, y hay que hacer menos uso que el que las Cortes hacen de su soberanía; porque hay algunas veces que llevan esta hasta el extremo de faltar a la misma Constitución que habeis hecho. Para hacer una ley según ese código, es precisa la cooperación de los dos Cuerpos Colegisladores y la sanción del rey, porque esto da más garantías de acierto. Legislar sin estos requisitos, es restringir las garantías de los ciudadanos; y no basta decir que estamos en el período constituyente, porque este ha concluido al promulgarse la Constitución, que no marca la necesidad de más leyes que la del nombramiento del monarca, la cual ciertamente no os dá mucha prisa a promulgar.

Presente el gobierno su solución, si la tiene; y si no la tiene, opte por una de las que se le presenten. Yo sé que el señor presidente del Consejo de ministros tiene un conocimiento perfecto de su deber, y espero que nos presentará pronto su opinión. Si no lo hace, yo creo que S. S. deberá, por lo menos, decir al país la gravedad de la situación que le aqueja, y la imposibilidad del remedio; porque el país pide a voces la elección del rey, y si no se hace esto, el gobierno tiene el deber de decirle las razones por que no puede hacerse, en el lenguaje claro y severo que el país pueda comprender.

Si con esto no se lleva la tranquilidad al país, se calmará en parte su perturbación, que acaso concluirá con la clausura del período constituyente resolviendo la disolución de estas Cortes, que nosotros no podemos delegar en nadie.

Si esto no os conviene, declarad que las Cortes se convierten en ordinarias, y que funcionarán con el Senado y la regencia. De este modo se habría creado una situación más estable, y luego se podría elegir el rey del modo que la Constitución previene para cuando una dinastía acaba.

Yo confío que esa solución salvará la honra y el porvenir de la revolución de Setiembre. Y esta opinión no es nueva en mí, pues hace ya siete meses que tuve ocasión de manifestarla en Consejo de ministros, por más que no fuera aceptada. Desde entonces las dificultades de la situación han crecido, y es urgente resolverlas, y fácil conseguirlo, si ponemos término a los recelos que nos dividen, entramos en el camino de la mutua confianza.

Pero sea la que quiera la solución, no hay tiempo que perder, y es imposible que los señores diputados se separen sin dejarla hecha. Yo estoy dispuesto a cooperar a ello en el modesto círculo de mis fuerzas, ya sea para la solución definitiva nombrando rey, ya si esto no es posible a juicio del gobierno, para la transacción a que me he referido. Pero si las Cortes creen que todavía puede durar la interinidad y retirarse a sus casas los diputados para volver en el otoño, yo os digo que no puedo seguirlos por esa senda y os daré mi último adiós, cumpliendo así la resolución irrevocable que en este punto tengo adoptada y conoce el señor presidente del Consejo.

En resumen: considero necesaria la inmediata elección de rey; pero si el gobierno declara esto imposible en las actuales circunstancias, es absolutamente indispensable que entremos de lleno en el régimen constitucional de la manera que he indicado. Modestia, pues, Sres. diputados, con serena imparcialidad sobre los altos deberes que impone la salvación de la patria.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Señores diputados: ayer tarde tuve el honor de recibir una carta de mi distinguido y noble amigo el Sr. Ardanaz, anunciándome que ayer mismo apoyaría la enmienda que S. S. había presentado al articulo de la ley de presupuestos. Por la extensión que ayer tuvo el debate, no pudo S. S. hacer la defensa que se dignó anunciarme: pero confieso que al oír hoy el brillante y profundo discurso de S. S., en el cual tanto resalta el buen deseo de que se siente animado, no ha podido menos de sorprenderme, y sorprenderme de una manera extraordinaria, el hecho de que su señoría haya entrado en el fondo de una cuestión tan grave; porque yo no creo que soluciones políticas de tal importancia y trascendencia como las que ha presentado S. S. puedan ni deban ser tratadas de esta manera incidental, con ocasión de discutir el articulo de una ley de presupuestos.

Sin embargo, no me puedo negar a responder a mi distinguido amigo lo que sea prudente, lo que sea

discreto, sin perder de vista aquel axioma político, aquel principio seguro é incontestable, que S. S. conoce, como lo conocen todos los señores diputados, de que el hombre de Estado, el hombre de gobierno, nunca en ningún caso debe decir nada más, cualquiera que sea la excitación que se le haga, y parta de donde quiera, que lo que está en su pensamiento, en su plan y en la conveniencia de los intereses políticos que le están confiados.

S. S., ligeramente primero, más estensamente después, ha traído al debate la cuestión de rey, concluyendo por tratarla a fondo; pero sin acritud, como lo hace siempre S. S.; con las buenas formas que le son peculiares, y con cierta benevolencia hacia el gobierno; pero así y todo, no ha dejado S. S. de hacer un discurso de oposición, especialmente al ocuparse de las medidas del actual señor ministro de Hacienda. No he de entrar a contestar a S. S. en la parte referente a los presupuestos; de eso se encargará mi digno compañero el Sr. Figuerola, que lo hará con la suficiencia y con la claridad que S. S. acostumbra.

El Sr. Ardanaz se queja de lo que nos quejamos todos; se lastima de lo que todos nos lastimamos; de que continuemos en la interinidad. Y a propósito de esto se refirió S. S. a la noche de San José y a ciertas palabras mías, que S. S. califica de severos cargos, palabras que yo pronuncié invitando a los señores diputados a que dieran su asentimiento al proyecto que entonces se discutía, porque era indispensable, toda vez que de su aprobación dependía la vida ó la muerte del gabinete. Recordaba S. S. que yo había pedido a la unión liberal un miembro de su escuela para que viniera a ser ministro de Hacienda y salvara las dificultades de vida ó muerte en que se encontraba entonces el gobierno, y que mis compañeros, como yo, no tendríamos inconveniente, por más que nos fuera sensible separarnos del Sr. Figuerola, en que viniera a reemplazarle.

Y decía el Sr. Ardanaz: «Es verdad lo que dijo el señor presidente del Consejo de ministros; pero no es una verdad completa. Ciertamente es a mí mismo me ofreció el señor conde de Reus volver a desempeñar la cartera de Hacienda, si yo tenía los medios de salvar las graves dificultades con que se luchaba; pero yo impuse una condición, y como el señor conde de Reus no pudo satisfacerme, no pude yo a mí vez aceptar la cartera que S. S. me ofrecía. Y la condición que impuse, continuaba diciendo el Sr. Ardanaz, está en armonía con el deseo de todos. Los españoles, es su afán más constante, es la aspiración más ardiente de todos; desde el más elevado gran señor hasta el último habitante de la más humilde choza, verá con gusto que esa condición se realice».

En el momento de pronunciar estas palabras el Sr. Ardanaz, el silencio solemne de la Cámara marcaba bien claramente que estaba ansiosa de saber cuál era la condición que S. S. había impuesto.

Yo mismo, aunque presumía ya a lo que su señoría iba a referirse, porque recordaba perfectamente las palabras que se habían cruzado en la conferencia que tuve la honra de celebrar con el Sr. Ardanaz; yo mismo repetí, estaba también suspendido. Por fin habló su señoría, y nos dijo que la condición era el que se le diera rey; y entonces ha habido una especie de murmullo en la Cámara, que a mí entender ha querido decir: pues es poco lo que pedía el Sr. Ardanaz! ¡como si el conde de Reus tuviera los reyes a su disposición!

¿Quién duda, señores diputados, que el período de interinidad que atravesamos es malo? ¿Quién duda que todos los hombres de Estado, que todos los hombres políticos, que todos los buenos patriotas desean salir de este estado de interinidad? Pero tampoco duda el Sr. Ardanaz, porque tanto por haber formado parte de uno de los gabinetes que he tenido la honra de presidir, como por las conversaciones que he tenido con S. S., con quien me honro siempre en conversar sobre las cosas más serias y profundas, tampoco duda S. S., digo, de los inmensos esfuerzos que yo he hecho para salir de esta interinidad.

Tengo yo la culpa de no haber podido realizar los deseos del Sr. Ardanaz, que son los deseos de la mayoría de los señores diputados y los de la mayoría del país? Podrá nunca acusarse a mí de esto? Tal vez asoma a los labios de algún señor diputado resueltamente un sí; tal vez dice alguno: «Sí, tú tienes la culpa de que no hayamos salido de la interinidad».

Pues a ese sí, que repito, acaso asoma a los labios de algún señor diputado, respondo yo, puesta la mano sobre mi corazón de hombre honrado, y como militar que soy, sobre el puño de mi espada, que yo he hecho todo lo posible para salir de la interinidad y para traer un soberano a este país.

La causa del desorden en que vivimos, dice el Sr. Ardanaz, es la interinidad. Y por cierto que S. S. ha dibujado un cuadro que, si fuera exacto, sería bien triste y desconsolador; pero por fortuna nuestra, aquí tenemos al Sr. Figuerola, que no es pesimista como mi distinguido amigo el Sr. Ardanaz, y él nos dirá que el cuadro que S. S. nos pintaba es exagerado y que la situación financiera de España no es tan mala como ha supuesto S. S.; porque si fuese cierto lo que ha dicho el Sr. Ardanaz, entonces sí que estaríamos mal y muy mal, y lo que habría hecho el Sr. Ardanaz dibujando ese cuadro sombrío, habría sido imposibilizar más y más la solución que tanto desea.

Todos queremos, pues, salir de la interinidad. ¿Cuándo será eso? ¿cómo será eso? ¿cuál será la solución que las Cortes Constituyentes en su elevada sabiduría determinen? Creo, señores diputados, que no es este el momento de decirlo; pero para satisfacer al Sr. Ardanaz, si he de decir que estoy completamente de acuerdo con S. S.; que antes que los señores diputados se separen, es preciso que haya una solución. Dentro de mes y medio ó de dos meses, las Cortes habrán cumplido su misión constituyente; ya no faltará, pues, más que el coronamiento del edificio.

Lo que si sé, señores diputados, y lo declaro en alta voz, y lo digo con la voz varonil que me oyen los señores diputados, es que yo no me opongo a ninguna de las soluciones; y a los que crean que mi conducta reservada, que mi conducta prudente y circunspecta ha encerrado intenciones de interés personal, les digo que se equivocan, que yo no tengo ningún género de ambición personal; más digo: los que no me nieguen la razón, los que no me nieguen el buen sentido, han de comprender que todo mi interés y toda mi gloria consiste en poder ofrecer una solución que satisficiera a los señores diputados.

Lo que yo no he querido hacer nunca, y me propongo persistir en esta conducta, es empujar una bandera en favor de este ó del otro candidato para el trono de San Fernando; enarbolar esa bandera resueltamente, sin conocer previamente las aspiraciones de la mayoría de los señores diputados, y que pareciera esto una imposición. Por esto desde el primer día espresé con una frase gráfica que recordarán algunos de los señores diputados que me escuchan y algún señor ministro que se sienta ahora en esos bancos y que entonces formaba parte del gobierno provisional.

Pues el modo de no ser batido consiste en no ponerme a la cabeza para guiar la hueste en favor de este ó del otro candidato; en examinar la opinión de la Cámara pulsando el latido de las aspiraciones de cada uno de los señores diputados; seguir la opinión

dominante, sin ambición personal ninguna, y adherirme a la opinión de los más.

¿Quiere decir eso que hemos de renunciar a la solución en que tenemos puestos el sentimiento, la confianza y los deseos todos los hombres monárquico-constitucionales? ¿Quiere decir que hemos de renunciar a tener un rey? Ciertamente que no.

Se suspendió este debate.

Los Sres. Figueras, García Lopez, Soler (D. Juan Pablo) y Palou y Coll pidieron constase su voto conforme con la mayoría en la votación relativa a la enmienda del Sr. Herrera.

Quedó sobre la mesa el dictamen de la comisión de actas proponiendo la admisión del Sr. D. Roman Baldorioty de Castro, diputado electo por la circunscripción de Mayagüez, en la isla de Puerto-Rico.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Madrazo): Se suspende la sesión para continuarla a las nueve.

## GACETILLAS.

Dos enamorados disputan:

—Ha sido impreso; yo lo aseguro.

—Sí; pero no ha sido publicado.

—Veamos, dice él: ¡qué diferencia encontras entre imprimir y publicar!

—Una bien grande, replicó la joven.

Y después de un momento de pausa añadió:

—Usted puede muy bien imprimir un beso en mis labios, pero no debe usted publicarlo.

Velocidad de las aves. Los calandrias recorren más de cincuenta leguas en una noche; se ha encontrado en el buche de estos pájaros, al llegar a la costa de Francia, los granos de las plantas africanas que habían comido la víspera. Los martinets y las golondrinas pueden hacer fácilmente trescientas ó cuatrocientas leguas en veinticuatro horas. Los patos pueden recorrer de una tirada la distancia de más de quinientas leguas.

Receta. —Pondrás en ebullición el chopo de un pesetero,

una mina de dinero

y unto de camaleón;

los españoles, talapo con ambición,

múvelo con una espada

que tenga la cruz manchada

por un falso juramento.

¡Y verás en el momento

cómo el P. P. la imagen copiada.

Ayer anticipamos a nuestros suscritores de provincias los siguientes despachos:

Paris 5.

Los generales del ejército de Paris se han reunido hoy para concertar medidas destinadas a asegurar la tranquilidad durante el día del domingo próximo.

En la Bolsa se han cotizado:

El 4 1/2 por 100 id., a 102,95.

Londres 5.

Consolidados ingleses, de 94 1/8 a 94 1/4.

El 3 por 100 portugués, a 33 1/2.

## BOLSA DE MADRID DEL DIA 6.

FONDOS PUBLICOS.		ULTIMOS PRECIOS		Alza. Baja.
		DEL 5.	DEL 6.	
3 consolidado.		25-60	25-90	30
Id. pequeños.		25-75	26-25	50
Id. fin corriente.		25-00	25-85	25
Id. exterior.		30-45	30-00	»
3 procedente diferido.		25-40	00-00	»
Id. fin de mes.		00-00	00-00	»
Deuda material.		00-00	00-00	»
Id. personal.		22-00	22-00	»
Billetes hipotecarios.		100-85	101-00	15
Id. segunda serie.		96-35	96-45	10
Banco de España.		138-00	138-00	»
Bonos del Tesoro.		66-00	66-40	40
FERRO-CARRILES.				
Obligaciones 2.000.		47-25	48-00	75
Id. nuevas.		00-00	00-00	»
Id. de 20.000.		00-00	47-25	»
Id. nuevas.		00-00	00-00	»
CARRETERAS.				
Abril de 1850.		65-00	00-00	»
Agosto de 1852.		00-00	00-00	»
Julio de 1856.		00-00	70-00	»
Londres á 9 d. f.		40-95	50-00	5
Paris á 8 d. v.		5-21	5-21	2